

SUPLEMENTO
DE LA NUEVA ESPAÑA
● JUEVES, 9 DE DICIEMBRE DE 2021

BLOC DE NOTAS

Confesión en el tiempo

Pierre Pachet hace un brillante ejercicio de introspección en “Autobiografía de mi padre”, un libro innovador de la literatura memorialística

Luis M. Alonso

Si aún seguimos siendo dueños de nuestra obra, después de muertos, **Pierre Pachet** (1937-2016) lo es de la suya de un modo extraordinario. Nadie puede compararse a él en cuanto a la intimidad que transmite su escritura personal e intransferible. Nacido en París de padres judíos de origen ruso, fue además de escritor, traductor y crítico literario. Enseñó filosofía griega y literatura francesa en la Universidad de Clermont-Ferrand y en París-VII, así como en varias universidades extranjeras. En la década de los setenta pasó a ser un miembro destacado de la prestigiosa revista “La Quinzaine littéraire”.

“Autobiografía de mi padre”, que ahora publica Periférica, es un libro que deberían leer todos aquellos que quieran conocer el nuevo enfoque que, tras su publicación, experimentó la literatura autobiográfica. El mérito del libro de Pachet, de contar la historia de su padre en primera persona del singular, está precisamente en darle la oportunidad de hablar como antes nunca lo había hecho, de decir las cosas que nunca dijo. El autor toma el lugar del otro, el del progenitor, para comprender lo que en algún momento de su vida sucedió en él. En el silencio inicial se infiltran los matices del arrepentimiento, el remordimiento, la nostalgia y el perdón. Nada se puede decir. Tampoco reprochar. Pero una vez muerto el padre, volverán insistentemente los recuerdos, las voces, los timbres burlones de una existencia: la necesidad de tener una vida interior para evitar aburrirse, las ocasiones perdidas... Pachet transmite la autobiografía de un hombre que no fue un héroe, un modesto dentista judío, originario de Besarabia—tierra de nadie en los confines de un imperio—cuya sentenciosa austeridad y cansancio crónico mantenían a distancia a amigos y familiares; un hombre llamado Simcha—que en hebreo significa alegría—Apashevsky, u Opashevsky. Un espíritu reservado bajo el signo del pensamiento y la palabra exacta, al que el dolor no distrae de la reflexión; un gran observador de sentimientos, cosas y seres. La

voz paterna se desliza por su piel, pero ni en la melancolía se percibe pizca de patetismo. Pierre es Simcha también en el ahorro. No juzga ni idealiza. Igual que hace en “Devant ma mère”, la conmovedora reflexión sobre el final de la vida de su madre, una judía nacida en Lituania, cuya conciencia de sí misma se ha ido desvaneciendo.

“Autobiografía de mi padre”, escrito en 1985, veinte años después de la muerte del protagonista de la historia, ha llegado a convertirse en un clásico innovador de la literatura memorialística. **Emmanuel Carrère** lo ha tenido durante tiempo como uno de sus libros de cabecera. En realidad, nadie sensible se ha atrevido a negarle a Pachet la capacidad para acometer uno de los más brillantes ejercicios de introspección que existen, tomando como objeto de estudio a alguien que no es él mismo y del que, además, cuesta desprenderse tanto como del propio hueso. “Mi madre murió cuando yo tenía cinco años”, escri-

be al inicio del libro elevando el tono de su falsa confesión distante a la propia altura de **Camus**, para introducir al lector en un cuadro memorable sobre la condición de un joven judío pobre en la Ucrania de principios del siglo XX. El mismo Pierre Pachet, que toma la voz, fue un niño escondido y separado de sus padres bajo la Ocupación, el modelo de intelectual francés advertido contra todo totalitarismo. Al acecho, Pachet

se enfrentó como pudo a esa deriva totalitaria. **Claude Lefort** era su amigo y admiraba la figura rebelde de **Arthur Koestler**. Le dedicó un retrato laudatorio e incisivo titulado “Bêtise de l'intelligence”, donde se muestra poderoso y lleno de coraje. En ese ensayo elogia a Koestler, a Camus, recuerda la complacencia de **Aragón** con el estalinismo y especialmente la de la pareja **Sartre-Beauvoir**, corolarlo de la intransigencia hacia quienes, como Koestler, habían roto con el comunismo. Pachet, más allá de la introversión de sus relatos más íntimos y personales, también supo ser penetrante en sus reflexiones sobre las formas que adquiere el terror al proyectarse en las imágenes del mundo intelectual que lo consiente.

Nadie puede compararse a Pachet en cuanto a la intimidad que transmite su escritura personal e intransferible



Autobiografía de mi padre
Pierre Pachet

Traducción de Laura Salas

Periférica, 176 páginas, 15,90 euros*

Cultura.

TINTA FRESCA

El dios Thor espera en casa

Ledicia Costas ajusta cuentas con el pasado en “Golpes de luz”, un viaje de regreso al dolor y la infancia

Tino Perterra

Ledicia Costas tenía asuntos pendientes. Por eso escribió “Golpes de luz”. Habla de “ese tipo de asuntos que tienen que ver con el pasado, con el dolor y con ese lugar llamado infancia. Ahí donde suceden cosas que se enquistan y se quedan para siempre debajo de la piel, latiendo como el corazón en una herida. Tuve que decidir cómo condensar en una sola novela todo lo que quería contar: el paso del tiempo, los secretos del pasado, el peso de los cuidados sobre los hombros de las mujeres, el acoso escolar, la demencia, el divorcio, la heroína, la incomunicación, las mentiras, el miedo... Y el dios Thor”.

Todo ese material incandescente a través “de tres voces radicalmente diferentes, como una especie de puente entre generaciones. Mi apuesta era una novela llena de ternura y esperanza, pero también una novela donde lo indecente estuviese todo el tiempo al acecho, igual que un animal que persigue a su presa. Por encima de todo, tenía que ser un libro de verdad. Un libro con personajes auténticos. De esos que mientras lees piensas: ‘cómo entiendo esto que estás viviendo y cómo me está doliendo’. Así nacieron Luz, Julia y Sebas”.

Veamos: “Una abuela obsesionada con su martillo, una hija que se acaba de divorciar y un nieto que está convencido de que su abuela es Thor. En realidad, debajo de esta capa, hay otras mucho más complejas. Porque la abuela fue abandonada por su marido, que un día se marchó sin despedirse. La hija se crio sin saber qué había sido de su padre, y ese trauma la devora por dentro. Y el nieto es nuevo en un colegio donde se siente rechazado y en su mundo hay cosas que no terminan de encajar. Algunas le hacen daño y otras alimentan sus fantasías, creando un universo mágico. Me atrevo a decir que este es un libro de personajes. Ellos son los que marcan el pulso de la historia, los que tiran de la trama de manera natural, como quien coge el extremo de la lana con la punta de los dedos y va deshaciendo un ovillo. Adoro esos libros que te arrancan del mundo real y te llevan de la mano a un lugar en el que te sientes en casa. ‘Golpes de luz’ es exactamente eso: una vuelta a casa”.

Nació en un barrio “donde los muros tenían agujeros. Los camellos metían allí las dosis que luego cogían los chavales. Cambiaban heroína por dinero y llenaban los campos que rodeaban nuestras casas de cucharas y limones. Era muy triste ver cómo se iban perdiendo poco a poco dentro de aquella ropa que cada vez les quedaba más grande. Eso me impresionaba especialmente: observaba cómo encogían, cómo se hacían pequeños hasta desaparecer por completo. Un día, de repente, ya no estaban. Sus madres, vestidas de negro, llenaban los cementerios de flores. Siempre me ha parecido doloroso ese contraste. Quería hablar de todo esto, pero sin lágrimas. Con dulzura, con luz y con la mirada puesta en el futuro”.

Con golpes de luz.



Golpes de luz
Ledicia Costas

Destino, 288 páginas, 18,50 euros

pressreader

PRINTED AND DISTRIBUTED BY PRESSREADER
PRESSREADER.COM +1 604 278 4664
COPYRIGHT AND PROTECTED BY APPLICABLE LAW